

El 9 de mayo tuvo lugar en el Pontificio Ateneo de la Santa Cruz un acto "in memoriam" de Mons. Álvaro del Portillo, Obispo Prelado del Opus Dei y Primer Gran Canciller del Ateneo. Durante el acto, Mons. Javier Echevarría pronunció el siguiente discurso (traducción castellana):

El 15 de septiembre pasado era el 19º aniversario de la elección de Mons. Álvaro del Portillo como primer sucesor del Beato Josemaría Escrivá a la cabeza del Opus Dei. Desdichadamente no pudimos festejarlo en la tierra, porque pocos meses antes don Álvaro, con su inolvidable sonrisa, había respondido a la última llamada del Señor y nos había dejado. Aquel día, toda la comunidad académica del Pontificio Ateneo de la Santa Cruz —profesores, personal administrativo y estudiantes— decidió testimoniar su gratitud a la queridísima persona del primer Gran Canciller, dejando esculpido en mármol el recuerdo de la ejemplar solicitud con que don Álvaro gastó sus energías en la creación y dirección de las actividades del Ateneo.

La ceremonia de hoy, que es la realización de aquel deseo, se desarrolla sin ninguna solemnidad: cualquier formalismo resultaría extraño al estilo con que S.E. Mons. Álvaro del Portillo, Obispo Prelado del Opus Dei, gastó la vida en el servicio de la Iglesia, demostrándose —en esto, como en todo— hijo fidelísimo del Beato Josemaría. Por eso, este homenaje que le debíamos en señal de gratitud, quiere ser, en primer lugar, expresión de los sentimientos filiales que nos unen a él y que se traducen en el empeño sincero de seguir su ejemplo de amor y de fidelidad a la Iglesia.

«Sed agradecidos, hijos míos, y seréis fieles; y recordad que servir es una de las mejores manifestaciones de las acciones de gracias»¹: estas palabras, escritas por don Álvaro con ocasión de la fiesta de Navidad de 1977, sintetizan bien lo que deseamos subrayar en esta ceremonia familiar. Constituyen una invitación a servir a la Esposa de Cristo, siempre con espíritu de rendido agradecimiento: con alegría, también cuando sentimos «el peso del día y del calor»²; con la certeza de que «vuestro trabajo no es vano ante el Señor»³; y con fidelidad absoluta al depósito de la fe, pues aunque la cultura dominante impulse a veces a incertidumbres y desviaciones, nosotros no podemos dudar nunca de que Dios es Padre y de que, mediante la Revelación, nos conduce a la felicidad sin sombras de una eternidad feliz.

Al final de la carta que he citado anteriormente, tras una urgente exhortación a incrementar la oración por el Papa, a quien don Álvaro —con Santa Catalina de Siena y el Beato Josemaría— llamaba gustosamente *el dulce Cristo en la tierra*, concluía con su habitual sencillez: «Rezad por mí: ayudadme a acercarme al Señor con este peso bendito de vuestros deseos de santidad y de los míos. Yo rezo por todos: os llevo en el corazón y en la cabeza, de continuo; y repito con San Juan: *maiozem horum non habeo gratia, quam ut audiam filios meos in veritate ambulare* (III Ioann 4); fieles, sirviendo a la verdad de Dios»⁴.

1. Carta, diciembre de 1977.

2. Mt 20, 12.

3. 1 Cor 15, 58.

4. Carta, diciembre de 1977.

Hoy, mientras damos testimonio de nuestra más profunda y filial gratitud a don Álvaro, renovamos nuestra resolución de procurar cumplir serenamente, con el mismo espíritu de fidelidad gozosa que él tuvo, nuestro trabajo diario, encaminándolo al servicio —cada vez más fecundo— de la verdad que Dios ha confiado a su Iglesia.

Mensajes

Mensaje al II Congreso Panamericano sobre la Familia y la Educación celebrado en Toronto, Canadá (6-IV-1996).

1. Ante la imposibilidad de desplazarme a Toronto para asistir a las sesiones del Congreso Panamericano sobre la Familia, como hubiera sido mi deseo, envió mi más cordial saludo a los organizadores y participantes, asegurándoles que en esos días estaré muy cerca de todos con mis oraciones.

El argumento que os disponéis a estudiar se hace eco de una preocupación, que cabría calificar como más especialmente sentida en el momento actual. Me refiero al renovado interés por los temas implicados en el concepto de justicia social, que en los últimos años, gracias a Dios, se está abriendo camino en la conciencia de muchas personas. Hemos de procurar que este interés se acreciente de modo que la humanidad se disponga a adentrarse en el tercer milenio de la Era Cristiana con la clara convicción de que es preciso elaborar —y sobre todo vivir— una cultura de la solidaridad, que en muchos aspectos adquiere modalidades nuevas respecto al pasado.

Se observa, ante todo, una creciente demanda de libertad personal, presupuesto indispensable para el verdadero desarrollo de los individuos y, por tanto, de las naciones. Esa demanda ha encontrado una de sus expresiones más significativas —como recordaba el Papa Juan Pablo II en su discurso ante la ONU, el pasado mes de octubre— en las revoluciones pacíficas de 1989, que han restituido la libertad a varios países de Europa, sometidos al yugo comunista durante muchos años. «En cada rincón de la tierra —decía el Santo Padre—, hombres y mujeres, aunque amenazados por la violencia, han *afrentado el riesgo de la libertad*, pidiendo que les fuera reconocido el espacio en la vida social, política y económica que les corresponde por su dignidad de personas libres»¹.

¿Cómo deberá ser esa nueva cultura, esa nueva civilización que puede determinar el rumbo de la humanidad al comienzo del tercer milenio? La respuesta es casi unánime: es preciso establecer un orden social fundado en la paz, en la justicia y en el respeto mutuo, que facilite una amplia colaboración de los ciudadanos entre sí para realizar los más variados proyectos comunes y promover nuevas y más adecuadas formas de solidaridad. En otras palabras: es preciso construir lo que el Magisterio de la Iglesia, desde Pablo VI, designa como “la civilización del amor”.

Se trata, ciertamente, de un proyecto que la humanidad se siente impulsada a perseguir en todo momento, pues en los corazones humanos está inscrita por Dios la inclinación a la solidaridad y el ansia de paz. Sin embargo, la realización de este ob-

1. Juan Pablo II, *Discurso a la Asamblea General de las Naciones Unidas*, 5-X-1995, n. 2.